

como en una estatua, por convertirse en una aglomeración de todo lo que es bueno y digno de veneración, como si fuese á la vez una especie de templo y de personalidad divina. Se erige en adelante como una virtud especial, como un ser aparte, lo que no lo era hasta ahora, y ejerce los derechos y la fuerza de que dispone una sobrehumanidad santificada. En la Grecia de la decadencia, las ciudades estaban llenas de esas abstracciones divinas humanizadas (perdónese la frase singular á causa de la idea singular); el pueblo se había combinado á su manera una especie de «cielo de las ideas» á la manera platónica, y no creo que se haya sentido la impresión de este habitante celeste con menos viveza que la de una divinidad cualquiera pasada de moda.

191.—*Tiempo de oscuridad.*

Se llama en Noruega «tiempo de oscuridad» á las épocas en que el sol permanece durante toda la jornada encima del horizonte: en ese intervalo de tiempo la temperatura baja sin cesar lentamente. ¡Qué maravilloso símbolo para todos los pensadores, ante los cuales el sol del porvenir humano se ha oscurecido por algún tiempo!

192.—*La filosofía de la opulencia.*

Un jardincito, higos, queso, y además tres ó cuatro buenos amigos: esa fué la opulencia de Epicuro.

193.—*Las épocas de la vida.*

Las verdaderas épocas de la vida son esos momentos de parada entre la ascensión y el descenso de una idea dominante ó de un sentimiento directo. Siéntese

de nuevo saciedad; todo lo demás es sed y hambre, ó disgusto.

194.—*El sueño.*

Nuestros sueños son, en el caso en que, por excepción, se prosigan una vez y se acaben (generalmente el sueño es una obra á medio concluir), encadenamientos simbólicos de escenas é imágenes, en lugar de su relato en lenguaje literario. Modifican los acontecimientos, las condiciones y las esperanzas de nuestra vida, con una audacia y una previsión poética, que nos asombran siempre por la mañana cuando nos acordamos. Derrochamos en demasía nuestro sentido artístico durante nuestro sueño, y por eso somos durante el día tan pobres de él.

195.—*Naturaleza y ciencia.*

Del mismo modo que en la naturaleza, en la ciencia los terrenos peores y más infecundos son los que primero se desmontan, porque para eso bastan casi los medios que posee la ciencia *incipiente*. La explotación de los dominios más fecundos tiene por condición una fuerza enorme y cuidadosamente desarrollada en los métodos, resultados particulares ya adquiridos, y un equipo de obreros organizados y ejercitados; y esto tarda mucho en reunirse. La impaciencia y la ambición se apoderan á menudo muy pronto de esos dominios fecundos, pero los resultados son nulos. En la naturaleza esas tentativas se pagarían muy caras, porque harían morir de hambre á los desmontadores.

196.—*Vivir con sencillez.*

Hoy día es difícil un género de vida sencillo; se necesita mucha más reflexión y espíritu inventivo de lo

que tienen aun hombres muy inteligentes. El más honrado de ellos dirá tal vez: «No tengo tiempo á reflexionar mucho en eso. El género de vida sencilla es para mí un fin demasiado noble; quiero esperar á que lo hayan logrado otros más sabios que yo.»

197.—*Cumbres y montículos.*

La fecundidad mediocre, el celibato frecuente, y, en general, la frialdad sexual en los espíritus superiores y más cultivados, así como en las clases á las cuales pertenecen, son esenciales para la economía de la humanidad; la razón reconoce y utiliza el hecho de que en un punto extremo de desarrollo cerebral es muy grande el peligro de una progenitura nerviosa: esos hombres son las cumbres de la humanidad; no deben prolongarse en montículos.

198.—*La naturaleza no da saltos.*

Cualquiera que sea la rapidez que pueda desplegar el hombre, y aunque haya apariencia de tránsito de una contradicción á otra, examinando esto más de cerca, se descubrirán las *piedras de espera* que forman el tránsito del antiguo edificio al nuevo. Esta es la tarea del biógrafo: debe razonar sobre la vida conforme al principio de que ninguna naturaleza da saltos.

199.—*Con decencia, es cierto...*

El que se viste de harapos decentemente lavados, se viste con decencia, es cierto; mas no por esto deja de gastar harapos.

200.—*El solitario habla.*

Se logra, á guisa de recompensa, entre muchos disgustos, desalientos y enojos (tal como los produce ne-

cesariamente una soledad sin amigos, sin libros, sin obligaciones y sin pasiones), un cuarto de hora del más profundo recogimiento que proporciona una vuelta á sí mismo y á la naturaleza. El que se precave por completo contra la naturaleza, precávese también contra sí mismo; nunca le será permitido beber en la copa más deliciosa que se puede llenar en el manantial interior.

201.—*Falsa celebridad.*

Detesto esas supuestas bellezas de la naturaleza que, al fin y al cabo, sólo tienen significado desde el punto de vista de nuestros conocimientos, sobre todo de nuestros conocimientos geográficos, y que son imperfectas cuando las examinamos desde el punto de vista de nuestro sentido de lo bello; he aquí, por ejemplo, el aspecto del Mont-Blanc visto desde Ginebra: es algo insignificante cuando no se apela á las alegrías cerebrales de la ciencia; todas las montañas vecinas son más bellas y más expresivas; pero «están lejos de ser tan altas», agrega ese saber absurdo para disminuir su valor. En ese caso, la vista contradice á la ciencia; ¿cómo ésta se ha de complacer en la contradicción?

202.—*Turistas.*

Suben la montaña como animales, estúpidamente y goteando de sudor; alguien se ha olvidado de decirles que en el camino hay hermosas perspectivas.

203.—*Demasiado y demasiado poco.*

En nuestros días los hombres viven todos demasiado y piensan demasiado poco; tienen á la vez el cólico

y un hambre devoradora; por eso enflaquecen á ojos vistas. El que dice ahora: «no me ha ocurrido nada», pasa por un imbécil.

204.—*El fin y el objeto.*

Todo fin no es un objeto. El fin de la melodía no es su objeto; pero, á pesar de eso, si la melodía no ha llegado á su fin, no ha conseguido su objeto. Esto es un símbolo.

205.—*Neutralidad de la gran naturaleza.*

La neutralidad de la gran naturaleza agrada (la que se encuentra en la montaña, en el mar, en el bosque, en el desierto), pero sólo por poco tiempo; después comenzamos á ponernos impacientes. «Esas cosas, ¿no quieren decirnos nada á nosotros? ¿No existimos para ellas?» El sentimiento nace de un crimen *laesae majestatis humanae*.

206.—*Olvidar las intenciones.*

Al viajar, se olvida generalmente el fin del viaje. Asimismo toda profesión se escoge y se emprende como medio para llegar á un fin, pero se continúa como si fuese el fin extremo. El olvido de las intenciones es la tontería que con más frecuencia se comete.

207.—*Eclíptica de la idea.*

Cuando una idea comienza á elevarse en el horizonte, la temperatura del alma es generalmente fría. Poco á poco la idea desarrolla su calor, y es la más intensa (es decir, produce mayor efecto) cuando la creencia en la idea está ya en descenso.

208.—*Por qué se ha de tener á todo el mundo contra sí.*

Si alguien osase decir ahora: «El que no está conmigo está contra mí», tendría inmediatamente á todo el mundo contra él. Este sentimiento honra á nuestra época.

209.—*Avergonzarse de la riqueza.*

Nuestra época no tolera más que una sola especie de ricos: los que *se avergüenzan* de su riqueza. Si se oye á alguien decir: «es muy rico», se experimenta inmediatamente un sentimiento análogo al que se siente frente á una enfermedad repugnante que hincha el cuerpo, la hidropesía ó el exceso de obesidad; es preciso acordarse brutalmente de su humanidad, para poder familiarizarse con ese rico de manera que no se dé cuenta de nuestro sentimiento de disgusto. Pero desde el momento en que éste comienza á enorgullecerse de su riqueza, nuestro sentimiento se complica, con un asombro mezclado de compasión, ante una dosis tan fuerte de sinrazón humana; de suerte que se sienten ganas de alzar las manos al cielo y exclamar: «Pobre ser deformado, abrumado y esclavizado de cien maneras distintas, á quien cada hora trae ó puede traer algo desagradable, cuyos miembros sienten el contrapeso de cada acontecimiento que pasa en veinte pueblos distintos, ¿cómo nos quieres hacer creer que te sientes á gusto en tu situación? Si te presen tas en público, sabemos que es para tí como si pasases azotado, ante miradas que no tienen para tí más que odio frío, importunidad ó silenciosa burla. Puede suceder que te sea más fácil adquirir que á otro; pero lo que adquirirás será superfluo y te dará poca alegría;

y *conservar* lo que has adquirido es de fijo para ti una cosa aún más penosa que cualquier adquisición penosa. Sufres *sin cesar*, porque pierdes sin cesar. ¿De qué te sirve que se te inocule artificialmente sangre nueva? Las ventosas te hacen daño: ¡las ventosas puestas en tu nuca! Pero no seamos injustos; es difícil, quizá imposible para ti no ser rico: *es preciso* que conserves, que adquieras de nuevo; la tendencia hereditaria de tu naturaleza te impone ese *yugo*; razón de más para no engañarnos y avergonzarnos, leal y visiblemente, del yugo que llevas, toda vez que en el fondo de tu alma estás avergonzado y descontento de llevarlo. Esta vergüenza no es infamante.

210.—*Exceso de arrogancia.*

Hay hombres tan arrogantes, que no saben alabar á un gran hombre á quien admiran, sino representándolo como un grado ó un paso que lleva hasta *ellos mismos*.

211.—*En el terreno de la vergüenza.*

El que quiere arrebatarse una idea á los hombres, no se contenta, por lo general, con refutarla y arrancar el gusano del ilogismo que la corroe; por el contrario, después de haber matado al gusano, coge la fruta entera y la arroja a! fango, para hacerla vil á los ojos de los hombres é inspirarles disgusto. Así cree haber encontrado el medio para hacer imposible esta «resurrección al tercer día», que tan gustosamente se practica con las ideas refutadas. Se engaña, porque precisamente *en el terreno de la vergüenza*, en medio de las inmundicias, es donde brotan rápidamente, de la simiente de la idea, gérmenes nuevos. No se debe, pues,

ni menospreciar ni ridiculizar lo que uno se propone abolir definitivamente, sino colocarlo respetuosamente sobre *hielo* siempre renovado, considerando que las ideas tienen una vida muy duradera. Se trata de obrar con arreglo á esta máxima: «Una refutación no es una refutación.»

212.—*Suerte de la moralidad.*

Estando en camino de disminuir la esclavitud de los espíritus, es cierto que la moralidad (es decir, la manera de obrar hereditaria, tradicional é instintiva, *conforme á sentimientos morales*) disminuye igualmente: pero no las virtudes particulares, como la moderación, la justicia, la tranquilidad de ánimo: porque la mayor libertad induce involuntariamente al espíritu consciente á esas virtudes y las recomienda también á causa de su *utilidad*.

213.—*El fanático de la desconfianza y su garantía.*

*El anciano*: ¿Quieres intentar lo imposible é instruir á los hombres en gran escala? ¿Dónde está tu garantía?—*Pirrón*: Hela aquí: quiero poner á los hombres en guardia contra mí mismo; quiero confesar públicamente todos los defectos de mi naturaleza, y descubrir ante todos los ojos mis vacilaciones, mis contradicciones y mis tonterías. No me escuchéis, les diré, antes de que no me haya hecho semejante al menor entre vosotros, y aún más pequeño que él; defendeos contra la verdad mientras podáis, á causa del disgusto que os causa su defensor. Seré vuestro seductor y vuestro impostor, si notáis en mí la menor manifestación de consideración y de dignidad.—*El anciano*: Prometes demasiado; no podrás resistir esa carga.—

*Pirrón:* Diré, pues, también á los hombres que soy demasiado débil y que no puedo cumplir con lo que he prometido. Cuanto mayor sea mi indignidad, más desconfiarán de la verdad cuando salga de mi boca.—*El anciano:* ¿Quieres, pues, enseñar la desconfianza de la verdad?—*Pirrón:* Una desconfianza tal como nunca ha existido en el mundo: una desconfianza respecto de todo y de todos. Este es el único camino que conduce á la verdad. No creáis que os llevará á árboles frutales y junto á sauces admirables. Encontraréis por el camino granitos duros; esas son las verdades; por espacio de años enteros os será preciso tragar mentiras á puñados para no morir de hambre, aunque sepáis que son mentiras. Pero esos granitos se sembrarán y se hundirán en la tierra, y tal vez llegue un día la recolección: nadie tiene derecho á *prometerla*, á menos de ser un fanático.—*El anciano:* ¡Amigo, amigo! ¡Tus palabras también son las de un fanático!—*Pirrón:* Tienes razón; quiero ser desconfiado con respecto á todas las palabras.—*El anciano:* Entonces tendrás que callarte.—*Pirrón:* Diré á los hombres que debo callarme y que deben desconfiar de mi silencio.—*El anciano:* ¿Renuncias, pues, á tu empresa?—*Pirrón:* Al contrario; acabas de indicarme la puerta por donde debo entrar.—*El anciano:* No sé si nos comprendemos perfectamente.—*Pirrón:* Probablemente, no.—*El anciano:* ¡Con tal que te comprendas bien á ti mismo! (*Pirrón* se vuelve riendo).—*El anciano:* ¡Ay, amigo! Callarse y reirse ¿es toda tu filosofía?—*Pirrón:* No sería la peor.

214.—*Libros europeos.*

Cuando se lee á Montaigne, á La Rochefoucauld, á La Bruyère, á Fontenelle (particularmente los *Diálo-*

*gos de los muertos*), á Vauvenargues y á Chamfort, está uno más cerca de la antigüedad que con cualquier otro grupo de seis autores de otro país. Por esos seis escritores ha revivido de nuevo el espíritu de los *últimos siglos* de la era *antigua*: reunidos, forman un eslabón importante en la gran cadena continua del Renacimiento. Sus libros se elevan por encima del cambio en el gusto nacional y de los matices filosóficos, en que cada libro cree que debe resaltar ahora para hacerse célebre; contienen más *ideas verdaderas* que todas las obras de filosofía alemana juntas: ideas de esta especie particular que crea ideas y que... me veo apurado para acabar mi definición; en resumen, esos escritores me parecen no haber escrito ni para los niños, ni para los exaltados, ni para las muchachas solteras, ni para los cristianos, ni para los alemanes, ni para..., me veo apurado para terminar mi lista. Pero para formular un elogio muy inteligible, diré que, escritas en lengua griega sus obras, hubiesen sido comprendidas por griegos. Por el contrario, Platón no hubiera podido *comprender* algunos escritos de nuestros mejores pensadores alemanes, por ejemplo, de Goethe y de Schopenhauer, por no hablar de la repugnancia que le hubiera inspirado su manera de escribir (es decir, lo que tienen de oscuro y, á veces de seco y coagulado); son defectos de que estos dos escritores adolecen menos que los demás pensadores alemanes ¡y todavía sufren mucho! Goethe, en cuanto pensador, ha abrazado á las nubes más violentamente de lo que fuera de desear; y Schopenhauer no se ha paseado impunemente casi siempre entre los símbolos de las cosas más bien que entre las cosas mismas. Por el contrario, ¡qué claridad y qué precisión delicada en esos franceses! Los griegos

más sutiles se hubieran visto obligados á aprobar ese arte, y hay una cosa que hubieran admirado y adorado: la *malicia* francesa de la expresión; *amaban* mucho ese género de cosas sin ser precisamente muy fuertes en él.

215.—*Moda y modernidad.*

Dondequiera que la ignorancia y la suciedad son todavía habituales; dondequiera que el comercio es insignificante, la agricultura miserable y el clero poderoso, se encuentran *los trajes nacionales*. Por el contrario, *la moda* reina dondequiera que se observan indicios de lo contrario. La moda se encuentra, pues, al lado de las *virtudes* de la Europa actual: ¿ha de ser, en verdad, el reverso de esas virtudes? El traje masculino, que se conforma á la moda y no al carácter nacional, significa primero en el que lo lleva que el europeo no quiere hacerse notar, ni como *individuo*, ni como representante de una clase y de un pueblo, que ha erigido en ley la atenuación intencional de esta especie de vanidad; indica después que es laborioso y que no tiene tiempo para vestirse y ataviarse, y también que todo lo que es precioso y lujoso en el género y en la combinación de los pliegues, está en desacuerdo con su trabajo; y, por último, que con su traje quiere indicar que las profesiones sabias é intelectuales son aquellas más cerca de las cuales se siente ó quisiera sentirse en cuanto hombre europeo: al paso que, á través de los trajes nacionales que todavía existen, transparentase el bandido, el pastor ó el soldado, que, de esa suerte, llegarían á considerarse como las posiciones más apetecibles, las que dan el tono. Hay, además, en los límites trazados por el ca-

rácter general de las modas masculinas, oscilaciones insignificantes, producidas por la vanidad de los jóvenes, de los elegantes y de los ociosos de las grandes ciudades; es decir, de los que, como hombres europeos, *todavía no han llegado á su madurez*. Las mujeres europeas han llegado todavía menos; por eso en ellas las oscilaciones son mucho mayores: tampoco quieren afirmar su nacionalidad y detestan ver desenmascarada por el traje su cualidad de alemana, de francesa ó de rusa; pero como individualidades, les gusta llamar la atención; de suerte que á nadie le deba caber duda, por la manera de ir vestidas, sobre la clase de la sociedad á que pertenecen (la «buena» sociedad, las clases «altas», el «gran» mundo), y se atenderán tanto más á que esté uno prevenido en favor suyo, en el sentido de que no pertenezcan realmente á esa clase ó que apenas pertenezcan. Pero ante todo la mujer joven no quiere llevar nada de lo que lleva la mujer de edad, porque al hacer sospechar que cuenta algunos años de más, cree que será menos estimada; por otra parte, la mujer de edad desea con un atavío juvenil hacerse en lo posible la ilusión de que es joven; rivalidad de donde resultan siempre modas en que el carácter juvenil se afirma de una manera visible é inimitable. Cuando el espíritu inventivo de las mujeres jóvenes y artistas se ha empleado durante algún tiempo en hacer ostentación de su juventud, ó, para decir toda la verdad, cuando se ha vuelto de nuevo al espíritu inventivo de las antiguas civilizaciones de corte, para inspirarse en ellas, así como al de las naciones contemporáneas y, en general, á todo el universo vestido; cuando se han acoplado el español, el turco y la antigüedad griega, para hacer exhibición de carnes hermosas, se acaba por descubrir siempre

que no ha sabido uno obrar en beneficio de sus intereses, y que, para producir impresión sobre los hombres, el juego del escondite con las bellezas del cuerpo, da mejor resultado que la probidad desnuda ó medio desnuda; y desde entonces la rueda del buen gusto y de la vanidad comienza otra vez á girar en sentido inverso; las jóvenes de alguna más edad comprenden que llegó su reinado, y comienza de nuevo con mayor energía la lucha de los seres más bellos y más absurdos. Pero cuanto más se desarrolla la personalidad de las mujeres que desde luego no conceden ya la preeminencia entre ellas á personas que no han llegado á su madurez, más tenues se hacen esas oscilaciones en el traje, más sencillos se hacen sus atavíos. Es evidente que no hay derecho á emitir un juicio sobre esos atavíos inspirándose en los modelos antiguos, ni se puede tomar como norma el traje de los habitantes de las costas meridionales, sino que hay que considerar las condiciones climáticas de las regiones medias y septentrionales, de aquellas en que el genio inventivo de Europa, por lo que atañe á las formas y á las ideas, tiene su patria más querida. En conjunto, no será, pues, el *cambio* lo que caracterizará la *moda* y la *modernidad*, porque el cambio es algo retrógrado y designa á los europeos, hombres y mujeres, que todavía no han llegado á su madurez: será, por el contrario, la negación de todo lo que es vanidad *nacional*, vanidad de la *casta* y del *individuo*. En consecuencia, es loable, porque se economiza fuerza y el tiempo, que ciertas ciudades y comarcas de Europa piensen é inventen, por lo que respecta al vestido, en lugar de todas las demás, porque hay que considerar que el sentido de la forma no se concede comúnmente á todo el mundo; tampoco es una ambición muy exa-

gerada que París, por ejemplo, reivindique, mientras esas oscilaciones continúen subsistiendo, el derecho de ser la única ciudad que inventa é innova en ese terreno. Si un alemán, por odio á las reivindicaciones de una ciudad francesa, quiere vestirse de otro modo y llevar, por ejemplo, los arreos de Alberto Durero, deberá considerar que, aunque lleva un traje que era el de los alemanes de antaño, éste no habrá sido, sin embargo, inventado por los alemanes, porque nunca ha existido traje que pudiese caracterizar al alemán en cuanto alemán; hará bien, además, en darse cuenta del aspecto que tendrá así vestido y del anacronismo que sería presentar, sobre una vestimenta á lo Durero, una cabeza completamente moderna, con las líneas y los pliegues de carácter que el siglo XIX ha incrustado en ella. Como las palabras «moderno» y europeo son aquí casi equivalentes, se entiende por Europa extensiones de territorio mucho mayores que las que abarca la Europa geográfica, como es la península de Asia; hay que comprender especialmente á América, en cuanto que es hija de nuestra civilización. Por otra parte, no es Europa entera la que cae en el dominio de la definición que se da de «Europa» desde el punto de vista de la civilización, sino sólo esos pueblos y esas fracciones de pueblos que tienen un pasado común en la Grecia y en la Roma antiguas, en el cristianismo y en el judaísmo.

216.—*La «virtud alemana».*

Es innegable que desde el fin del siglo último una corriente de resurgimiento moral ha circulado por Europa. Sólo entonces la virtud comenzó de nuevo á ser elocuente; aprendió á encontrar los gestos natura-

les de la exaltación y de la emoción; no se avergonzó de sí misma, é imaginó filosofías y poemas para gloriarse. Si se examinan los orígenes de esa corriente, encuéntrase, por una parte, á Rousseau, el Rousseau místico que se había creado con arreglo á la impresión dejada por sus obras (casi se podría decir: sus obras interpretadas de una manera mística, y con arreglo á las indicaciones dadas por él mismo, pues él y su público trabajaron sin cesar en crear esta figura ideal). El otro origen se encuentra en la resurrección del gran latinismo estoico por el cual los franceses han continuado de la manera más digna la obra del Renacimiento. Pasaron, con éxito maravilloso, de la imitación de las formas antiguas á la imitación de los caracteres antiguos; lo cual les confiere para siempre un derecho á las distinciones más elevadas, porque forman el pueblo que hasta ahora ha dado á la humanidad nueva los mejores libros y los mejores hombres. ¿Cómo ese doble ejemplo, el del Rousseau místico y el del espíritu romano resucitado, ha obrado sobre los pueblos vecinos más débiles? Se puede comprobar sobre todo en Alemania; porque, á consecuencia de un nuevo arranque del todo extraordinario hacia un fin serio y grande, en la voluntad y en el dominio de sí mismo, se ha acabado por ponerse en éxtasis ante su propia virtud y por lanzar al mundo la idea de «virtud alemana», como si no pudiese existir nada más original y más personal que ésta. Los primeros grandes hombres que adoptaron este impulso francés hacia ideas de nobleza y de conciencia en la voluntad moral, estaban animados de mayor lealtad y no olvidaron la gratitud. El moralismo de Kant, ¿de dónde viene? Kant no cesa de darlo á entender: de Rousseau y de la Roma estoica resucitada. El moralismo de Schiller

tiene idéntico origen é idéntica glorificación de este origen. El moralismo de Beethoven en la música, es el eterno elogio de Rousseau, de los franceses antiguos y de Schiller. Pero más tarde fué el «joven alemán» quien olvidó la gratitud, porque durante los años que habían transcurrido se había prestado oídos á los predicadores del odio anti-francés; y ese joven alemán se hizo notar algún tiempo por revelar más conciencia de lo que se cree lícita en otros jóvenes. Cuando quería buscar á sus padres intelectuales, tenía derecho á pensar en sus compatriotas, en Schiller, en Fichte y en Schleiermacher; pero hubiera debido buscar sus abuelos en París y en Ginebra, y había que tener la vista muy corta para creer, como él, que la virtud no tenía más de treinta años. Entonces se habituó el mundo á exigir que al pronunciar la palabra «alemán» se sobreentendiese la palabra virtud, y hasta nuestros días no nos hemos desacostumbrado á este defecto. Este resurgimiento moral, dicho sea de paso, no ha hecho más que causar perjuicio al *conocimiento* de los fenómenos morales, como casi se pudiera adivinar, y no ha dejado de provocar movimientos retrógrados. ¿Qué es toda la filosofía alemana desde Kant, con todas sus ramificaciones francesas, inglesas y alemanas? Un atentado semi-teológico contra Helvecio, una retractación formal de la libertad de opinión, lenta y penosamente conquistada, de la indicación del buen camino que Helvecio había acabado por expresar y resumir de la manera necesaria. Hasta nuestros días, Helvecio es, en Alemania, el más infamado entre todos los buenos moralistas y todos los hombres buenos.